



**La máquina de
encender las
estrellas del
Capitán Marvel**

Guillermo Zapata Romero

La máquina de encender las estrellas del Capitán Marvel

Justo antes del accidente estaba pensando que era una imbécil por subirse a ese coche. Una imbécil por ir al encuentro de un hombre al que se había prometido no volver a ver y una imbécil por sentir el acelerón del corazón al leer su whatsapp diciéndole que la echaba de menos y que quería que hablaran.

Hay más de 200 kilómetros de Madrid a Valencia y ella, la muy imbécil, estaba en un coche de camino hacia allí cuando el accidente lo cambió todo.

Encontrar un coche que fuera a Valencia así, a las diez de la noche, en cuestión de horas, era imposible antes y ahora solo un poco complicado, pero los servicios para compartir viaje eran eficientes y, sobre todo, rápidos. Así que se subió en el coche con otros dos desconocidos, confiando en que no tuvieran mucha gana de hablar.

Acertó con el pasajero número uno y fracasó con el conductor. El conductor hablaba sin parar y opinaba de todo, como un tertuliano o un taxista aburrido. Luego pensó que probablemente estaba intentando no dormirse...

No prestó atención al pasajero número 1 al principio, no solo porque no decía nada (lo cual a ella le parecía de maravilla) sino porque al no decir nada le permitía encerrarse en sí misma y no pensar en el viaje que tenía que hacer. No pensar, por ejemplo, en la ropa que había metido en la mochila o en la decisión de si debía ser una mochila o una maleta.

Entre esas dos opciones se encerraba un mundo de matices en los que a la vez no quería pensar y no podía dejar de pensar. Había cogido la mochila porque si aparecía con maleta y él la veía con maleta pues estaba claro que tenía en la cabeza quedarse algunos días y, de alguna forma, eso le daba ya una cierta ventaja en la conversación hipotética que fueran a tener sobre ellos, sobre lo suyo, sobre lo que fuera. Una ventaja a él, que no se merecía ninguna ventaja. La mochila no dejaba las cosas tan claras y por eso la eligió. Una mochila rosa, de cuadros, que tenía desde la facultad, y ahora sentía que era una mujer de 33 años con una mochila universitaria y eso, de pronto, ese detalle, hacía que tuviera ganas de llorar. Y que el acelerón del corazón estuviera teñido de miedo y de pena ya antes de empezar.

El accidente debió suceder porque el conductor dejó de tener con quién hablar en el momento en que ella se durmió, porque el conductor no hablaba con el pasajero número 1, porque había algo en el pasajero número 1 que no le gustaba al conductor y que a ella tampoco le habría gus-

tado si le hubiera prestado atención. Algo... ambiental. Así que el conductor solo hablaba con ella y ella se durmió. Y como se había dormido, pensó después, el conductor no había tenido con quién hablar y había puesto la radio (porque cuando se durmió la radio estaba apagada y cuando sucedió el accidente estaba encendida). La radio nocturna ponía canciones que invitan a dormir y ella entendió que eso era lo que le había pasado al conductor. Tampoco lo supo realmente porque cuando ella entendió lo que estaba pasando el conductor ya estaba muerto.

Se despertó tras escuchar el sonido de unos cristales que se rompían y descubrió que estaban fuera de la carretera, con el coche apuntando a la nada y clavados en un árbol. Las ramas habían atravesado la luna delantera y una de ellas se había clavado en la cabeza del conductor, arrancándole la nariz y un pómulos por el camino y dejando a la vista una parte de la mandíbula. El tipo estaba lleno de sangre, muerto y con una especie de temblor en una pierna, algo rítmico que fue lo primero que ella vio cuando despertó porque durante el accidente se había caído y, creía, mareado. Lo primero que vio entonces, muy cerca de ella, fue la rodilla del conductor temblando rítmicamente. Y la sangre, había mucha sangre. Luego le vio la cara (o lo que quedaba de ella) y decidió que nunca más iba a volver a mirar al conductor.

No se asustó porque estaba mareada y en shock. Se arrastró al exterior del coche saliendo por la ventana aunque no era necesario porque, de hecho, la puerta de su lado estaba abierta y se puso de pie, conmocionada y comprobando que estaba bien. Lo estaba. Estaba sorprendentemente bien para el espectáculo dantesco que había en el asiento delantero. Instintivamente, y aquí se sintió si cabe más imbécil que nunca, se llevó la mano al móvil para saber si se había roto. En ese instante de horror su cerebro hizo que pensara en él y en si él sabría que había tenido un accidente de coche por algún arte de magia y la estaría escribiendo para saber si estaba bien. Pero no había nada. Y en vez de pensar en lo que iba a hacer después, pensó en que era otra micro decepción de una larga lista de micro decepciones que sumadas le hacían preguntarse por qué demonios habría cogido ese puto coche para ir a Valencia a ver a ese tío que ni siquiera era capaz de saber que había tenido un accidente.

Entonces pensó en el pasajero número 1.

Puede que le oyera. No estaba tan lejos del coche, así que era posible que escuchara su respiración. Como no iba a mirar nunca más al conductor, dio lentamente la vuelta al coche buscando el lado del copiloto y confiando en que lo que iba a ver no fuera demasiado terrible.

El pasajero número 1 tenía un trozo del cristal del capó incrustado en la tripa y algunos fragmentos más en la cara. Respiraba con dificultad y tenía casi más sangre que el otro. Estaba muy pálido. Ella se tocó su propio cuerpo para comprobar de nuevo que estaba realmente bien, que no le había pasado nada. Y así era.

El pasajero número 1 la miró y balbuceó algo que ella no entendió. Una burbuja de sangre se le formó en la boca y estalló, como una pompa de jabón de un juego infantil. Ella no sabía si tocarle o no moverle. Si se estaba muriendo allí delante de ella o la cosa no era tan grave.

-No te muevas -le dijo-. Voy a llamar a una ambulancia.

Se dio la vuelta y se alejó del coche para orientarse un poco. Vale. Habían bajado por un terraplén cercano a una carretera secundaria que no sabía por qué habían cogido. A su alrededor no había más que campo y piedras. Las estrellas iluminaban el cielo y pensó por un momento que era una noche preciosa, y sintió su mano, la de él, cogiendo la suya, y se estremeció. Pensó en las veces en que habían compartido simplemente un café, sin entrar en las noches de sexo, las madrugadas compartiendo cigarrillos o los planes imposibles. Solo las veces que habían compartido un café y se habían dado la mano.

Sacó el móvil y marcó el teléfono de emergencias. Alguien lo cogió al otro lado. Una voz funcional y nocturna que le preguntó por su problema. Fue a decir algo y de pronto notó que su cuerpo no le respondía. Había empezado a gimotear y a respirar muy fuerte. Al otro lado le pedían calma y ella solo lloraba más fuerte, con los labios temblando en una mueca que hacía que se sintiera mal consigo misma. Consiguió dominarse y explicó algo parecido a «coche, Valencia, accidente». Le preguntaron por la carretera y dijo un número. El que había visto en una señal de la carretera secundaria. Le preguntaron si había heridos. Dijo que sí. Hubo una pausa entre la pregunta de la carretera y la de los heridos. Esa pausa le hizo pensar que estaban en medio de ninguna parte. Que ahí no iba a llegar a tiempo ninguna ambulancia y que el pasajero número 1 se iba a morir.

Al pensar en él se dio la vuelta y volvió a mirar al coche. Lo que vio le hizo asustarse durante un segundo, un susto como de película de terror. El pasajero número 1 se había quitado el cinturón y había salido del coche. Caminaba hacia ella con los brazos extendidos, moviéndose con lentitud, como un zombie o un demente. Sintió miedo y quiso irse de allí. El tipo se tropezó y cayó de rodillas. Todavía tenía el cristal en la tripa. Colgó el teléfono sin pensárselo mucho y se acercó al coche de nuevo. No recordaba si había dado los datos que tenía que dar o no. Esperaba que sí. Suponía que sí.

El tipo se estaba tumbando boca arriba, mirando al cielo, así que le ayudó. Le tocó y sus manos quedaron manchadas de sangre. Al ver la sangre sintió algo que no había sentido nunca. Una especie de conexión con esa persona, a la que ayudó a recostarse y acomodó en el suelo. Fue el primer momento en que le vio de verdad. Era un hombre de unos sesenta años, apuntando ya hacia la vejez, pero atractivo. Se notaban en sus facciones los rastros de alguien muy masculino, muy marcial, que a lo largo del tiempo había ido encontrando cómo su piel se separaba de sus músculos e iba componiendo una figura de perro pachón. Los ojos eran marrones y pequeños, había algo de inteligencia maligna en ellos. Una especie de perversidad, incluso en esa situación.

Al cogerle la cara para colocarle bien la cabeza, le manchó con un poco de su propia sangre. Ella se disculpó y sacó un pañuelo con el que le limpió y le quitó poco a poco los pedazos de cristal que tenía clavados en la cara. Lo hizo con mucho cuidado. El tipo la miraba hacerlo sin decir nada, respirando con urgencia pero calmándose poco a poco. Ella notó, al tocarle la cara, que se había afeitado hacía poco, y reconoció la loción de afeitado. Era una marca habitual.

-Ya he llamado -le dijo-, vienen enseguida.

El tipo puso una mueca entre la sonrisa y cierta tristeza que le demostró a ella que no se lo creía.

-El cielo -dijo el tipo- pesa mucho.

Ella no lo entendió y se asustó. Pensó que estaba delirando. Quizás así era.

-Pesa mucho. Como la historia -repitió.

-No hable -dijo ella, como si fuera una experta en asuntos médicos o quizás solo porque le daba miedo oírle hablar. Se le hacía patente la posibilidad de que muriera. Nunca había visto morir a nadie.

El tipo se calló y ella se sintió diminuta en medio de aquel campo y pensó que quizás llevaba razón, que el cielo pesaba mucho y que ellos dos eran insignificantes, y supo que ese hombre estaba solo, que para la humanidad daba igual si moría o no esa noche. Así que empezó a hablar.

-¿Cómo te llamas? -le dijo-. Mírame a los ojos. No mires al cielo. Mírame a los ojos. ¿Por qué ibas a Valencia? Yo me llamo Beatriz. No hables. Dime solo cómo te llamas.

-El... Secretario del "Elefante blanco" me llamó Galíndez -dijo él. Otra locura.

-Yo soy Beatriz, soy peluquera. Bueno, trabajo en una peluquería.

Al decir eso sintió un poco de vergüenza de su propio trabajo. No le había pasado nunca. Pensó entonces (supo) que hablaba con alguien importante de alguna manera. No supo entonces porqué. Pero sí sabía que no debía haber estado en ese coche, que no pertenecía a ese mundo.

Galíndez levantó el dedo y la señaló a ella.

-¿Yo? Yo voy a Valencia...- no sabía cómo seguir.

No sabía qué decirle. Pero luego pensó que el tío se estaba muriendo. Supo, de hecho, que iba a morir. Si no hubiera sabido que iba a morir jamás hubiera dicho aquellas cosas. Sintió en ese instante una sensación de calma y liberación, un peso que se desalojaba de su cuerpo.

-No lo sé. Creo que voy a romper con una especie de novio que tengo. Pero no lo sé. Igual voy a reconciliarme con él. A veces creo que voy a hacer una cosa y luego hago la otra. O empezamos con una discusión y él me hace llorar y de pronto estamos follando en el suelo.

No le dio vergüenza decir “ follando ” a un hombre mayor porque ni siquiera le estaba mirando. Miraba al cielo, a la nada.

-Pero igual le dejo, a él digo. Igual le dejo. Porque tiene novia. Bueno «novia», es como su mujer ya. Tiene dos hijos... Eso supongo que es lo peor, no lo sé. No lo sé, porque yo no quiero tener hijos. ¿Le parece normal? A mí hay veces que no me lo parece y otras que no sé si quiero tenerlos pero me engaño... No lo sé. Las cosas se terminan: eso me digo yo. Se terminan. Y que tenemos algo especial, él y yo digo. Pero otras veces tampoco lo sé. Quiero decir que cuando te enamoras todo es especial, pero luego... quién sabe. ¿Le aburro?

Miró hacia abajo. Galíndez la estaba mirando con los ojos muy abiertos. La había cogido la mano y ella no se había dado cuenta. En la mano había dejado una llave. Carmen se sorprendió al notar el objeto.

-¿Qué es esto? ¿Qué quiere? Ya viene la ambulancia.

-He hecho mucho mal -dijo Galíndez.

Carmen supo que lo decía en serio y sintió algo nuevo en relación a ese hombre desconocido. Era como un olor a peligro. De pronto ya no quería estar allí. Quería salir corriendo o que viniera la ambulancia o... Sí, lo pensó. Que se muriera ya.

-Todos nos equivocamos en algún momento -dijo en cambio-, no se torture. Procure estar tranquilo. Ya viene la ambulancia.

-He hecho mucho mal y ya no me da tiempo a... remediarlo. Tienes que estar preparada... -deliraba cada vez más- van a venir a por ti. Van a identificar la transferencia. Ten... cuidado.

Beatriz se estremeció y quiso soltarle y tirar la llave muy lejos de ella, pero en ese momento Galíndez gimió. Un gemido profundo, gutural. Una nueva explosión de sangre en su boca.

-No merezco morir así -dijo. Y le apretó la mano con más fuerza.

Luego soltó una especie de graznido y se puso rígido. Estaba muerto.

Beatriz se lo quedó mirando con curiosidad y extrañeza. Quería algo más de él, pero ya no estaba. Tomó la llave entre las manos. Era de una cerradura normal, de una casa. La miró intentando entender su significado, que se le escapaba. Ni siquiera sabía qué puerta abría.

Se tumbó en el suelo pedregoso, al lado del misterioso «Galíndez». Estaba segura de que ese no era su nombre. Notó que, sin saber por qué, empezaba a llorar. Un llanto silencioso, como un gemido que lo iba llenando todo. El cielo estaba precioso.

Cuando llegó la ambulancia se sucedieron imágenes y preguntas. Reconocimientos y dudas. Había un coche de la policía. El conductor, de quien había conseguido olvidarse, fue metido en una bolsa de plástico y «Galíndez» también. Le preguntaron si quería volver a Madrid o ir a Valencia. Que podían acercarla, que no estaba lejos. Debería ir a un hospital a comprobar que no tenía una conmoción, pero lo cierto era que se sentía muy bien. Dijo «Valencia». Luego dijo «Madrid» y terminó diciendo otra vez «Valencia», sintiéndose más idiota que nunca.

Era casi de día cuando llegó al hotel donde iba a alojarse. Uno pequeño, muy cerca de la playa. Ya la conocían. Había estado allí otras veces. Le dijeron que la habitación estaba lista y que él ya había llegado. No sabía si estaba preparada para verle, pero tampoco tenía otra opción si quería dormir un poco. Revisó el móvil antes de entrar, ni un mensaje. Se sintió furiosa. Quería discutir.

Abrió la puerta y se lo encontró dormido encima de la cama, ni siquiera se había quitado la ropa. La posición de los pies era cómica. Tenía el teléfono en las manos. Se había dormido esperándola. Se le pasó el enfado y se quedó mirando sus labios al dormir. La forma en la que el aire salía de su boca. La paz que generaba a su alrededor. Fue al baño y se quitó la ropa. No se duchó, estaba demasiado cansada, pero se lavó la cara, las manos y el cuerpo a conciencia. Tampoco se puso ropa. Solo salió, separó la manta y las sábanas y lo arrastró hasta ella. Él sonrió y le dio un beso.

-Has tardado mucho -dijo.

Ella quiso abrazarlo y no soltarlo jamás. Se acurrucó tras él y se durmió.

Se despertó cuando notó que había alguien más en la habitación. Antes de abrir los ojos tuvo tiempo de preguntarse si el miedo era anterior a la conciencia. Si ella ya sabía que estaba en peligro antes comprobar que, efectivamente, así era.

Un hombre de unos cincuenta y tantos años alargado y moreno con los labios finos y los ojos muertos la estaba mirando sin interés. Al verlo le recordó vagamente a una serpiente. Llevaba un revólver que parecía bastante grande pero ajustaba bien en sus dedos largos y estilizados. Ella se sobresaltó, pero algo en la tranquilidad del hombre le hizo no moverse demasiado. Él siguió durmiendo y ella se incorporó tapándose el cuerpo con pudor. El tipo no parecía interesado en mirarla sino en que se moviera. Le indicó con la pistola, sin hablar, que se pusiera de pie. No parecía interesado tampoco en despertar a su acompañante. Beatriz se sentía como en un sueño, todo era distante y tranquilo. Una brisa entraba por la ventana, que se había dejado abierta.

Se vistió con ropa cómoda. Se dio ese tiempo, sin urgencias, para sacar ropa de la mochila y ponerse unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes. El tipo abrió entonces la puerta y le indicó que saliera. Al pasar Carmen a su lado notó su olor a aftershave. Le dio escalofríos y se le escapó una lágrima de puro nervio.

-Por favor, no le mate -murmuró.

El tipo sonrió y la dejó pasar. Luego cerró la puerta. Él no estaba muerto.

Salieron a la calle y le indicó que se metiera en un coche, en el asiento del conductor. Un utilitario de color negro sin nada destacable. Carmen obedeció. En el interior ninguno de los dos se movía. Ella esperaba algún tipo de indicación que no terminaba por llegar.

-¿Dónde vamos? -dijo ella-. ¿Qué quieres que haga?

El tipo la miró y volvió a esbozar una sonrisa. Ella sintió un nuevo escalofrío y la sensación de que jamás saldría viva de allí. Sacó la llave que Galíndez le había entregado del bolsillo. No necesitó que nadie le explicara que ese hombre estaba allí por aquello.

Simplemente lo sabía.

-Mira, yo no tengo nada que ver con nada. Coge la llave y déjanos en paz. -Al decir el plural sintió un punto de vergüenza. Una sensación de pareja que en realidad era una cierta mentira. En medio de los nervios y el miedo, se puso roja.

-Conduce -dijo él simplemente. Una voz muy masculina, tranquila.

Carmen arrancó el coche, que tenía las llaves puestas y empezó a moverse sin un destino claro. Era muy pronto. No sabía qué hora exactamente, pero había muy poca gente por la calle y la luz del sol era aún apagada. Sintió el cansancio y se dio cuenta de que no habría dormido mucho más de tres horas.

-¿Adónde vamos? -dijo con cierta desesperación.

-Tú ya lo sabes. Conduce.

No entendía nada y sintió que su pensamiento se bloqueaba. Si él creía que ella sabía algo que en realidad no sabía, en seguida se daría cuenta y pensaría que lo estaba engañando. Intentó dominar el miedo, pero no pudo y se paró en seco.

-No sé dónde tengo que ir, ¿vale? No lo sé. Por favor, coge las llaves y márchate de una puta vez. Por favor. No sé nada. Yo no sé nada, no quiero saber nada. No soy agente de Consensus ni sé nada de vuestras opera...

Se quedó callada. Con la boca abierta y un gesto entre la sorpresa y la estupidez. ¿Qué era aquello que acababa de decir? ¿Cómo sabía aquellas cosas? El tipo le estaba sonriendo con esa tranquilidad imperturbable.

-¿Qué...?

No pudo seguir. Miró hacia delante y luego a las llaves que Galíndez le había dado la noche anterior.

-No pienses en nada -dijo el tipo relajando incluso su pistola y mirando al frente-. Deja la mente en blanco y conduce.

Beatriz le hizo caso, movida ya no por el miedo sino por la angustia y la curiosidad. ¿Qué estaba pasando? ¿Cómo sabía aquellas cosas? ¿Era algún tipo de poder? Condujo por calles desconocidas hacia las afueras de Valencia, e hizo lo que se le pedía: dejar la mente en blanco. Así deambularon por calles desconocidas durante una media hora en dirección a las afueras de la ciudad.

Así llegaron a una zona de garajes cerca de un polígono industrial. Beatriz supo -pero no supo cómo- que aquel era el lugar que estaban buscando. Y se detuvo.

-¿Cómo he hecho eso? Dímelo.

El tipo abrió la puerta del coche.

-Eres psicogeógrafa.

-Soy peluquera -murmuró Beatriz. Notaba los inicios de un enorme dolor de cabeza.

-Sueles tener jaquecas y te es fácil encontrar las cosas que los demás pierden -prosiguió el tipo. Era verdad-. No es una habilidad tan rara. En España hay casi 5.000 personas que pueden desarrollar capacidad psicogeográfica. Prácticamente nadie a hacerlo del todo.

El tipo levantó la pistola y la apuntó de nuevo. Sonreía.

-Nosotros nos encargamos de eso.

El pánico la paralizó. Le indicó, de nuevo con la pistola, que saliera. Beatriz salió del coche temblando, medio encogida. El tipo se acercó al maletero del coche y sacó dos bidones de gasolina, que cogió con una mano. Luego se acercó a ella y la cogió del brazo sin dejar de apuntarla. Beatriz notó que estaba orinándose. La empujó lejos de sí y ella caminó medio encogida y con las bragas llenas del calor del pis y los nervios en su entrepierna.

Usó la llave en la cerradura de la puerta del garaje y entraba con facilidad. Abrió y miró hacia atrás. Le indicó que entrara y eso hizo. Hacia la oscuridad y el polvo acumulado. Aquello hacía años que no se abría.

Al entrar palpó la pared intuitivamente y descubrió un interruptor. Al encenderlo, la luz blanca de una bombilla bañó la zona central de la sala. Lejos de mejorar, el sitio tenía un aspecto aún más fantasmagórico. Dentro había cajas de cartón y archivadores de metal y al fondo cosas aún más raras. Un crucifijo de madera que servía de mango de una escopeta, un casco de algo que podría haber sido un astronauta, una bola de cristal, cámaras antiguas de televisión, unas fotos que Carmen no reconoció y que representaban a un joven en blanco y negro. Alguien había escrito a bolígrafo sobre una de ellas "Antich: Bcn. 1992". Había también una especie de vial con sustancias metidas en tubos como los de los análisis de sangre. La misma letra del mismo bolígrafo había escrito "Colza".

-Avanza. Sigue aquí, puedo notar lo.

Carmen se dio la vuelta al escuchar la voz de su captor. Casi se había olvidado de él ante el impacto del almacén. Tampoco sabía por qué el lugar le había producido tanta impresión. Se acordó de algo que dijo Galíndez la noche anterior sobre el peso de la historia. El tipo seguía apuntándola con la pistola pero tenía la cabeza vuelta hacia arriba, mirando al techo, y parecía una especie de animal olisqueando el aire, casi gozando con la situación.

-Mira ahí, entre esas cajas, al fondo. Sácalo de ahí -su voz se había vuelto ansiosa.

Carmen hizo lo que se le pedía y se acercó a las cajas un poco a tientas. Desde dentro el lugar parecía más grande, se dio cuenta de que no podía ver la pared del fondo y quiso pensar que se trataba de un efecto óptico producido por la luz. Entre dos cajas había una especie de contenedor cilíndrico de cristal. En su interior había una especie de líquido amarillento.

Carmen no pudo seguir avanzando y, simplemente, empezó a temblar y se cayó de rodillas. Escuchó (o quizás ni siquiera eso) una especie de gáñido detrás de ella, y notó que el tipo la rebasaba y agarraba el cilindro de cristal con las dos manos. Al trasluz se distinguía mucho mejor y era imposible no ver exactamente el contenido del cilindro. Se trataba de la cabeza embalsamada de Alfonso Suárez, expresidente del gobierno.

«El que hizo la transición», pensó Beatriz tirando de una memoria atravesada por la televisión. El que hizo la transición estaba ahí metido, en un almacén de mierda de Valencia, embalsamado en un líquido horrible y custodiado (o quién sabe qué) por un hombre muerto llamado Galíndez. Y ahora ese tipo con pinta de reptil lo estaba mirando embelesado... Tan embelesado que había bajado su arma y parecía despistado. Beatriz pensó algo sencillo. «Té va a matar seguro si no haces nada. Quizás no te mate si haces algo».

Se resistió al miedo y se arriesgó con la certeza de que iba a morir. Estaba lo suficientemente cerca como para incorporarse un poco, estirar la mano y llegar hasta el arma. Era una cuestión de reflejos y velocidad. Nada más. Solo eso. Cerró los ojos y se lanzó contra su propia muerte para descubrir en seguida que tenía una enorme pistola entre las manos y que un hombre grande y rápido se abalanzaba sobre ella.

BLAM.

Disparó sin pensarlo. El tipo se echó hacia atrás. La cabeza se cayó al suelo dentro del recipiente, que no se rompió.

BLAM BLAM BLAM.

Descargó todas las balas sobre él pensando en Galíndez, en sí misma, en el miedo que tenía y en su novio. El reptil se tambaleó y cayó hacia atrás medio sentándose.

-Hija... puta.

Eso fue lo que dijo.

Beatriz miró su mano y el revólver y lo sintió ajeno, así que lo soltó y este cayó al suelo haciendo un ruido tremendo. Más intenso (creía ella) que el de los propios disparos.

El tipo no había muerto aún. La miraba con la respiración entrecortada, borboteando sangre, el color de su piel volviéndose pálido.

-Mátalo.

La voz hablaba detrás de ella. Una voz adulta, seria, atractiva, televisiva. Una voz de presentador de las noticias de la noche. La voz de Adolfo Suárez. Se giró despacio y vio la cabeza con los ojos abiertos, hablando.

-Mátalo y sácame de aquí.

Beatriz notó que no sentía nada en especial, ni miedo ni emoción. La cabeza parlante de un expresidente del gobierno estaba allí delante de ella pidiéndole que matara a un tipo y ella no sentía nada. Era casi cómico.

-Yo no puedo matarle... Pero tú sí. Vamos.

No hacía falta hacer nada para que el reptil muriera. Solo esperar.

-¿Quién eres? Eres...

-¿Te envía Galíndez? -dijo la cabeza.

-Galíndez ha muerto.

La cabeza no expresó ningún tipo de emoción aparente. Carmen se dio cuenta de que estaba bastante bien conservada.

-¿Me ayudarás?

Carmen no sabía qué decir.

-No. No sé. ¿Ayudarte a qué?

El tipo detrás de ella dio un respingó y cayó sobre sí mismo doblándose en una pose antinatural. Carmen intentó (sin éxito) no pensar en que acababa de matar a alguien.

-A escapar de Consensus -dijo la cabeza.

Carmen quiso que alguien la abrazara. A poder ser durante bastante tiempo. Que la abrazara y le dijera que todo iba a salir bien. Pensó en volver al hotel, con él, con el hombre de su vida. Se dijo que, efectivamente, su vida era esa, la del hotel, la de las llamadas de teléfono y las conversaciones eróticas por whatsapp. La de los viajes intempestivos, las broncas y el sexo salvaje de reconciliación. Todo aquello. No era ni la psicogeografía, ni matar gente y desde luego no era ayudar en nada a una cabeza parlante.

-Irán a por ti -dijo la cabeza-, aunque no me ayudes irán a por ti.

-No es verdad -lo sabía. De alguna forma estaba segura de que no la buscarían-. El único que podría encontrarme es él y ahora está muerto. Querían quemar este sitio, esta especie de... almacén. Y recuperarte a ti, no sé para qué y no me importa.

-Iban a matarme.

-Tú ya estás muerto -dijo Carmen-. Lo vi en la tele hace unas semanas. Moriste. Salió tu hijo a explicarlo. Salió por todas partes.

La cabeza parecía triste.

-Ese no era yo. Esa es la cabeza que pusieron en mi lugar. Hicieron que pareciera que tuviera Alzheimer. Que poca vergüenza. Toda mi vida ha sido así. Traicionado por aquellos a los que llevé al poder.

-Te he dicho que no me importa. Me da igual la política. No, no me da igual. Me da asco

la política. Y ya no estás en peligro. No te están buscando. Solo te estaba buscando él.

-Eres psico -dijo la cabeza del expresidente muerto.

-Soy peluquera. Y no tengo porqué ayudarte.

-¿No quieres saber las cosas que yo sé?

Beatriz supuso que cuando eres una cabeza lo único que te queda es tu conocimiento, pero ella nunca había querido saber y no le interesaban las cosas que podría querer saber un presidente del gobierno. Y menos uno tan viejo como ese.

-¿Qué puedes saber tú que me interese a mí?

-Sé quién dio el golpe de estado del 23F en realidad. Sé quién quemó la discoteca Alcalá 20 y los cadáveres que había en su sótano. Sé quién secuestró a los Electroduendes. Sé lo que hay en la Cruz de los Caídos. Sé... Sé quién hizo desaparecer a Tino Casal y porqué. ¿Sabes lo que es la operación Bailando? Ese hombre muerto detrás de mí mató a Enrique Urquijo y a Antonio Vega. En los ochenta lo hacíamos en el País Vasco. Todo fue un terrible error. Lo que me han hecho a mí se lo han hecho a otros. A Jesús Hermida, por ejemplo. Jesús sabe lo que hay en la luna en realidad. Sé quién diseñó a Victoria Prego. Lo sé todo.

Aquello en vez de excitarla la estaba mareando.

-Yo creé Consensus -dijo la cabeza- con los mejores ingenieros de la Falange Mecanizada y las mentes más brillantes del nuevo régimen. Lo hice yo.

-No me interesa -dijo Carmen.

-Sé lo que eres.

-He dicho que no me interesa.

-¿Me vas a dejar aquí?

-Que más te da. Estás muerto -dijo-. Nada de lo que me estás contando me interesa, no le interesa a nadie, en realidad. Ya no. No soy tonta tampoco. Supongo que eso de psicogeografía solo quiere decir que estoy en el momento adecuado en el lugar adecuado.

-El azar no existe -dijo la cabeza.

Todo aquello estaba disgustando a Carmen como nada en su vida. Toda esa información, todo ese secreto. Se puso en pie y cogió una de las garrafas de gasolina.

-¿Qué vas a hacer?

Carmen no hizo caso a las palabras de la cabeza. Abrió la garrafa y empezó a rociar gasolina por todo el local. La cabeza intentaba convencerla con nuevos argumentos. Sin perder la calma. Todo eran palabras que le sonaban a chino. Quería salir de allí.

-No me puedes matar. Eres una ciudadana responsable.

Carmen estaba furiosa.

-Mira, te agradezco todo lo que hiciste y eso. Lo de la democracia. Pero yo no pinto nada aquí y tú no eres más que una puta cabeza que habla. No hay nada que me puedas decir que me interese. Todo esto, este sitio huele a moho. A miseria. A cerrado. Como tú. Tengo problemas mayores que este en mi vida ahora mismo. Déjame en paz.

-¿Y me vas a dejar aquí? ¿Así? ¿Me vas a quemar vivo?

Carmen miró a la cabeza y sintió una especie de lástima por el ser humano que estaba atrapado ahí dentro. No iba a quemar ese lugar.

-Galíndez te escondió aquí, ¿no? Pues aquí vas a seguir.

-Pero si ya no me están buscando -dijo Suarez con un brillo de ilusión en la mirada-, podría salir.

-¿Salir a dónde? ¿A decir qué?

La cabeza guardó silencio. Fue a hablar de nuevo, pero volvió a callarse.

-Te quedarás aquí... Hay cosas para leer -dijo Carmen simulando una especie de consuelo-. ¿Tienes que comer algo?

La cabeza negó.

-Sólo me queda esperar aquí.

Carmen se encogió de hombros. «La historia pesa».

-¿Y él?

Carmen miró al reptil muerto. Sentía que había sido asesinado por otra persona, no se reconocía a sí misma en la acción de matarlo. «Se había muerto» era la frase que le venía a la cabeza. Pero también se concretaban otros pensamientos más mundanos. Una pragmática que la asustó un poco.

-En breve empezará a oler -dijo a la nada. Y luego arrugó la nariz. Era responsabilidad suya.

Dejó su mente en blanco durante un momento. Olvidando ese lugar, la cabeza de Adolfo Suárez y con la única molestia de él, que seguía apareciendo en sus sentimientos sin que pudiera controlarlo. Ni siquiera sabía cómo nombrarlo. ¿Novio? ¿Pareja? ¿Amante? Se quedaba con «él» para condensar de manera simple la complejidad de toda una relación de la que nunca hablaban en voz alta. En esa ocasión la presencia de él no fue suficiente para que su mente no se concentrara. La imagen en su cabeza se concretó rápidamente y el olor le llenó las fosas nasales. Una forma extraña de sinestesia que no existía hacia el pasado, sino hacia el futuro. Apartó los pensamientos con asco. Sabía lo que tenía que hacer.

Sin decir nada agarró al reptil de los pies y lo arrastró hacia el exterior. La cabeza de Adolfo Suárez la miraba con cierta pena.

-¿Volverás para visitarme?

-No lo sé -dijo ella-, no creo. Quizás sí. No tienes nada que ver con mi vida.

Siguió arrastrando al hombre al que acababa de matar y sintió que tenía que decir algo más. Se encogió de hombros.

-Soy peluquera.

Lo dijo como una excusa. Fue la última vez en su vida que vio la cabeza parlante del expresidente del gobierno.

En el exterior seguía sin haber nadie, aunque ya debían de ser las diez de la mañana o algo así. Arrastró el cuerpo hacia el asiento del acompañante del coche. Un sudor perlado goteaba de su nariz hasta la mancha de sangre. Los cadáveres no sudan. Se sintió extraña, como si no estuviera allí, solo el sudor la conectaba con la situación real. Afortunadamente el reptil no pesaba mucho.

Una vez lo hubo colocado, le abrochó el cinturón con delicadeza y fue al asiento del copiloto. Justo antes de arrancar recordó algo y salió de nuevo para comprobar el maletero. Efectivamente, en el interior había otra lata de gasolina.

También había un portafolio de cuero oscuro.

Se quedó mirándolo. ¿Quería saber? Ahí dentro debían de estar los datos de toda la operación e información sobre eso que se llamaba «Consensus». Quizás había información sobre ella misma o sobre la psicogeografía en general. O sobre Galíndez. Sabía que nadie la estaba buscando. Si se olvidaba, podía olvidarse para siempre.

Mierda. Agarró el portafolio y lo pasó al asiento de atrás. Arrancó el coche y salió de allí.

Sabía exactamente adónde iba. Lo había visto. Una carretera concreta, un kilómetro concreto. Al lado hay un campo de naranjas improductivo, con las naranjas secas. Un territorio pequeño, de un particular. Sabe alguna cosa más, pero no es relevante. Sabe, sobre todo, que nadie la verá llegar con el coche.

Se baja y va de nuevo al maletero. Saca la lata de gasolina y rocía el coche con ella, tanto el exterior como el interior. Saca el portafolio del asiento trasero y se queda mirándolo. Lo mejor sería quemarlo. Lo mejor sería no acordarse de nada. No es más que un lío. Ni caso, lo coge y lo aleja del coche. Ya está todo listo.

No.

Un momento. Se acerca al asiento del pasajero y mira dentro. ¿Qué es mejor? ¿El reptil conduciendo o el reptil de acompañante? Da igual, se dice, el tío tiene cuatro tiros en el cuerpo. Un suicidio no ha sido. Lo deja como está. Sabe que nada ni nadie la conectará con esa muerte.

Saca el mechero. A él no le gusta que fume y ella le dice que no fuma ya, que lo ha dejado, pero es mentira. O más o menos mentira. A veces se echa un cigarro y se siente culpable. Esta vez no es así. Fuma, pero no se siente culpable. A la mierda. A la mierda todo.

Cuando acaba el cigarro, con la penúltima calada lo lanza contra el coche. La trayectoria traza una línea de humo en el aire. Al caer se oye el sonido del fuego propagándose. Floooooossh. El calor le impacta en la cara.

Se aleja hasta donde ha dejado el portafolio y se queda mirando el incendio. Creía que el coche estallaría, pero no es así. Solo empieza a salir un humo negro que huele a carne quemada. El olor que le vino al tener la visión. No entiende por qué está tan tranquila. No entiende de dónde viene la certeza de que nadie va a descubrirla, pero sabe que así es.

Saca el teléfono y marca. Espera tres tonos. Cuatro. Nadie lo coge. Ella blasfema, se siente hundida, deprimida de nuevo. Idiota. El coche y su calor intenso desaparecen. Vuelve a marcar. Cuatro tonos. Nada. Marca una tercera vez. Al quinto tono él lo coge. Está apurado. Ella identifica en el tono de su voz que está con su mujer o con sus hijos, pero no piensa sentirse mal. Debería estar con ella, habían quedado en eso. Ella iba a Valencia a verle porque él se lo había pedido. ¿Qué coño hacía con su mujer?

-¡Hola! -Un «hola» distante, excesivamente alegre-. Dime.

-Necesito que me vengas a buscar -dice Beatriz. Hay una determinación en su voz que ella misma no reconoce.

-Pues va a ser difícil -una sonrisa, una broma.

-Oye, me dijiste que viniera. He dormido en el hotel contigo y ahora necesito que me vengas a buscar. Tú me has llamado. No yo. No me jodas.

Se hace el silencio.

-¿Dónde estás? -dice él-. Se ha puesto mala Alejandra, la pobre.

Beatriz no quiere sentirse mal, pero se siente. Odia cuando su relación se cruza con la de sus hijos. No lo soporta. Pero da igual, hoy da igual. Le necesita para salir de allí y olvidarse de todo.

-Lo siento, invéntate algo, pero me he... He ido a dar una vuelta y me he perdido y necesito que me vengas a buscar. -Hace una pausa. Le parece una excusa poco creíble-. Anoche tuve un accidente de coche, viniendo hacia aquí.

-¿Qué? No... ¿estás bien?

Beatriz disfruta habiendo roto su tono de voz, su coartada. Le gusta que él no haya podido evitar sentir preocupación.

-Estoy bien, un poco aturdida. Necesito que me vengas a buscar.

Le da una dirección cercana a donde está. Él comenta algo, está sorprendido de que haya sido capaz de llegar allí en coche y ella le dice que ha sido en taxi. En realidad su historia no se sostiene por ningún lado pero a él no le importa. No procesa información. En realidad, Beatriz se da cuenta en ese momento, él no es muy listo. O piensa de otra forma. Desde la tripa. La cabeza no la usa mucho.

Reconoce su coche en la carretera unos minutos antes de que llegue y se da cuenta de que va a ser difícil explicarle lo del portafolio. Piensa también que tiene la maleta en el hotel y que tampoco sabe lo que va a hacer ahora. Siente un dolor en el estómago de puro nervio y se siente incómoda con sus propias emociones. Se da cuenta de que esa sensación de angustia constante en el estómago, esa especie de nervios, había desaparecido desde que tuvo el accidente y ahora había vuelto. No sabe qué pensar sobre ello.

Él para el coche y se baja. Se acerca corriendo a ella y le toca la cara con una mezcla de diagnóstico y caricia. Le encanta su mano sobre la piel. La está tocando como si acabara de tener el accidente.

-No me he dado cuenta de cuándo te has ido esta mañana.

Beatriz decide poner distancia porque siente que va a besarle y no le apetece lo más mínimo.

-¿Qué le ha pasado a Alejandra?

Él separa la mano y mira al suelo. Murmura un «no te preocupes por eso» y luego añade «tenía ganas de verte» y ella nota que es mentira. Que tenía ganas de verla la noche anterior, cuando la llamó hace lo menos dos siglos, pero que ahora ya no era así. Ahora simplemente estaba confundido y acelerado por las circunstancias y quería hacer las cosas bien y a la vez no renunciar a nada. Conocía esa sensación a la perfección. Había intentado separarse de esa sensación bastantes veces. En esa ocasión, sin embargo, le abrazó.

Se quedaron abrazados un tiempo. Sin decir nada. Beatriz pensó que era posible que él viera la columna de humo del coche incendiado desde donde estaba, pero si la vio, no dijo nada. Ninguno de los dos dijo nada hasta que volvieron a separarse.

-Llévame a la estación de autobuses -dijo ella-, me vuelvo a casa.

Él la sonrió con un gesto de infinita comprensión y cariño y luego suspiró como si liberara un peso que lo aprisionara.

-Siento todo esto -dijo.

-No es culpa tuya -añadió ella. Y lo pensaba en serio. Luego se sentiría furiosa consigo misma porque le saliera de una manera tan natural comprenderle, pero en ese momento entendía la complejidad de la situación y solo quería volverse a su casa y tumbarse en su cama y estar sola.

Así que se metieron en su coche y fueron hacia la estación. Por el camino él intentó saber algo más sobre el accidente, ¿qué había sucedido? ¿Cómo había sido? Ella le mintió, cosa que no le costó mucho porque su relación se basaba en una mezcla bastante proporcionada de sinceridad a borbotones y mentiras naturalizadas. Hicieron alguna broma, porque se les daba bien relajar la tensión con bromas y ella le cogió la mano en un semáforo y se la apretó sin pensar si ese gesto significaba algo real o simplemente era lo que tenía ganas de hacer en ese momento. No quiso pensarlo. No quería pensar, en general.

Salía un autobús hacia Madrid en apenas 40 minutos. Ella le dijo que se fuera con su hija, un poco porque empezó a parecerle mal lo que fuera que se hubiera inventado para dejarla sola estando enferma, y otro poco por perderle de vista. Él insistió en acompañarla. Esos cuarenta minutos fueron peores que los del coche. Ella sentía que había algo de su relación que se estaba poniendo en juego en esos cuarenta minutos y que dependía, de alguna forma, de lo que ella hiciera o dijera. Sabía que podría decirle que no iban a verse más y que él lo aceptaría porque él lo aceptaba prácticamente todo si venía de ella. Pero también sabía que el porcentaje de «prácticamente todo» que no aceptaba incluía llamadas a horas intempestivas y «ven a verme por favor te echo mucho de menos me ahogo aquí sin ti», que eran palabras que si las repetías daban asco y si las escuchabas a una hora determinada te llevaban a coger un coche compartido y tener accidentes. Sin embargo, ella no dijo nada. Sustituyeron la angustia por una conversa-

ción intrascendente sobre la mochila de ella, que seguía en el hotel, y sobre si él debía recuperarla o no. Ella dijo que no, que llamaría al hotel para que la tiraran. Estaba harta de la mochila. Luego dejaron que corrieran los minutos. Él, sin embargo, parecía necesitar una señal explícita y verbal de cómo iba todo entre ellos. Los hombres, en general y por su experiencia, no tenían la más remota idea de qué hacer con el silencio y ella no quería darle el gusto de dejarle la relación atada para bien o para mal. No creía que se lo mereciera. Así que los minutos pasaron y la angustia creció hasta que él se levantó, se sentó a su lado y le dio un beso en los labios. Un beso extraño e incómodo, y desde el punto de vista de ella una forma como otra cualquiera de sustituir el silencio.

Beatriz le sonrió y le acarició la cara.

-No sabes estar solo -le dijo con suma dulzura.

Y él sonrió asintiendo.

Beatriz, sin embargo, se acercó y volvió a besarle, suavemente. Le olió y sintió su fragancia y cómo el mundo se paraba durante unos segundos y la violencia de las últimas horas desaparecía. El amor, se dijo, es esto, hacer desaparecer la violencia durante un segundo. Mantuvo el beso y luego sucumbió al juego de lo concreto y el silencio. Sonrió y dijo.

-Hablamos.

Y él recuperó toda su confianza maltrecha y ella se levantó y se separó de él subiendo al autobús sin mirarle. Sabiendo que él la estaba mirando. Sabiendo que no mirarle no significaba nada. Sabiendo que al llegar a Madrid o quizás durante el viaje le mandaría un whatsapp diciéndole que ya estaba en camino o que ya había llegado. Recuperando el flujo de normalidad anormal entre ellos.

Se sentó en su asiento y se quedó dormida antes incluso de que el autobús arrancara. Y soñó.

En el sueño caminaba por un bosque de pinos enormes, milenarios. Era de noche. Llevaba pantalones vaqueros largos y una sudadera con capucha. Notaba el frescor de la hierba y el viento en su cara. Se sentía segura de sí y decidida. Subía por un terraplén hasta una loma desde la que se veía el bosque, extendido a sus pies como un mar infinito de pinos gigantes. Entonces escuchaba una voz a su lado, una voz de una niña pequeña. Una niña de pelo moreno, largo, abundante, ensortijado y una sonrisa dulce. La niña llevaba en las manos un arma enorme. Era imposible que pudiera sujetar ella sola algo así. Era una especie de lanza misiles de color gris con la boca amplia y un gatillo enorme de color rojo. La niña se lo tendía y decía: «Es la máquina de encender las estrellas del Capitán Marvel».

Entonces Beatriz apuntaba con el arma al cielo y disparaba una salva. Salía un cohete similar al de los fuegos artificiales, que estallaba en el aire sin hacer el más mínimo ruido. De la explosión

se desplegaban por el cielo todas las estrellas, iluminando la noche. Beatriz miraba a la niña, que sonreía de oreja a oreja y le decía «Puedo hacer las cosas más maravillosas, pero soy incapaz de tomar la más simple de las decisiones». La niña, sin dejar de sonreír, le apretaba la mano.

Y entonces despertó. No había nadie sentado a su lado. Sintió una sensación incómoda en la cara y al llevarse las manos a los ojos notó que había estado llorando. Se sentía, sin embargo, extrañamente bien, descansada. Cogió aire y miró un momento por la ventana. El paisaje era feo y anodino. En el asiento de al lado reposaba el portafolio que había cogido al hombre-reptil. No recordaba haberlo subido al autobús. Se quedó mirándolo un rato y luego lo abrió. Sacó uno de los informes y miró su portada. Tenía un código numérico y un nombre en clave: «Operación Dementor Memori. Alertas psicogeográficas». Había un sello también, que no reconoció. Su mente, sin embargo, le dijo: «Consensus».

Aceptó esa información como buena, abrió el informe y empezó a leer.

Texto: Guillermo Zapata Romero

Diseño y maquetación: Ana Méndez de Andrés Aldama

Licencia: Creative Commons Atribución – No Comercial – Compartir Igual

Imagen de portada: Frederick Strothmann (1906), ilustración para *The Rubáiyát of a Motor Car de Carolyn Wells*. Via The Public Domain Review, dominio público.

Tipo de letra: *Fanwood Text* y *Chunk*, The League of Moveable Type, licencia Open Font.